

de este soberano Misterio; comunícame el fervor de algunas almas que aquí mismo te adoran y te aman con amor verdadero; dame constancia en la meditación, fervor en las visitas, dolor y contrición en los desagravios, y amor y devoción en todas mis prácticas, para que mientras tú ¡oh Rey de gloria! estás en el reclinatorio del tabernáculo, esperando, llamando y recibiendo á los que vienen á visitarte, mi pobre corazón, como un oloroso nardo, derrame delante de ti el aroma de los más suaves afectos. Voy, pues, ya á descansar á la sombra de Aquél que tanto había deseado; voy á gustar sus dulcísimos frutos. ¡Yo te amo, Jesús mío! Virgen inmaculada, amada Madre mía: contigo quiero acompañarme ahora para adorar y alabar á mi Jesús. Angel de mi custodia, espíritu que estás mirando siempre la faz del Padre celestial, y abrazado en los ardores de su amor, permanece á mi lado, no me dejes, ayúdame á amar,

á bendecir y á glorificar á mi Señor. Amén.

### MEDITACIÓN PRIMERA

*Jesucristo es nuestro Padre en el Sacramento.*

Un padre da á su hijo el ser, el sustento, la habitación y el vestido. Todo esto nos da Jesucristo en la Eucaristía.

1.º Por el Bautismo y la penitencia, nos da el ser de la gracia; pero por la comunión lo aumenta y lo conserva.

2.º Aquí nos sustenta con su propia carne y sangre, haciendo á su carne verdadera comida, y á su sangre verdadera bebida.

3.º Nos da por habitación la Iglesia católica, y el templo, que es casa suya, y aun su propio costado y Corazón divino.

4.º Nos viste la blanca túnica de



la gracia santificante, que siempre viene acompañada de los tres preciosos hábitos de la Fe, Esperanza y Caridad.

*(Afectos de admiración, de amor y de agradecimiento.)*



## VISITA PRIMERA

### **Alabando la liberalidad de Jesucristo en el Sacramento.**

¡Oh Jesús, amado Padre mío, que no contento con estar en los cielos, quieres estar también conmigo aquí en la tierra, para acompañar al hijo más ingrato; y conservarle tú mismo amorosamente el ser de la gracia que le diste en el Bautismo, sustentándolo con tu propio cuerpo y sangre, abriéndole tus casas y aun tu seno por morada, y vistiéndole con el traje de los hijos de Dios. Yo alabo, Señor, bendigo y ensalzo tan grande generosidad y largueza, y no acabo de entender qué has visto en el hombre para engrandecerle en tanto gra-



do, é inclinar hacia él tu divino Corazón. Aquí nos das cuanto tienes, ¡oh dulce Jesús mío! ese tu hermosísimo cuerpo, señalado aún con las llagas que te abrió nuestro amor; esa sangre nobilísima, siete veces y con tanto dolor derramada; esa alma santísima, ungida con la gracia de un modo tan copioso, que de allí se comunica á todo el cuerpo místico de la Iglesia; esa Divinidad adorable, unida para siempre con la santa Humanidad en la unidad de Persona; todo tú, en fin, Señor, lleno de poder y de bondad; y colmadas de dones las manos, vienes á darme, en este inefable Misterio, tus gracias, tus virtudes, con los ejemplos de tu vida, los sufrimientos de tu pasión y los méritos de tu muerte.

¡Benditas sean para siempre tu liberalidad y tu misericordia! Pero yo, ¡oh amado Padre mío! ¿cómo he correspondido á estas finezas? Me avergüenzo aun de pensarlo; pero yo

quiero para confusión mía decirlo: yo, Señor, aún no acabo de entregarte de veras este mi pobre corazón, que con tanto amor me pides; las criaturas aún roban mis afectos, ocupan mi pensamiento, cautivan mi amor y me hacen dejarte á ti lo vil y despreciado. Para ti dejo ¡oh Dios! el tiempo más inútil; para ti los afectos más tibios; para ti las obras más cansadas; rara vez te visito; rara vez medito en tus virtudes; rarísima me enciendo en amorosos deseos en tu presencia. Las vanidades me seducen, las disipaciones me llenan, las pasiones me dominan, las criaturas despreciables me contentan.

Mas á ti ¡oh mi Padre! si algo te prometo, no lo cumplo; si te visito, me canso y aun me duermo; si te acompaño algunas horas, no encuentro qué te diga; y si te digo que te amo, ni yo mismo me atrevo luego á creerlo. Ayúdame tú, pues ¡oh Padre benignísimo!; cúrame, pues ¡oh



Médico de los cielos!; súpreme sin enojarte ¡oh Amigo inmejorable! Ilumina mi alma con tu luz, entenece mi corazón, arrebatá mis afectos y admite la entrega que ahora te hago de todo mi amor y de todo mi ser, á fin de que pueda decir con verdad: así como Jesús, mi amado, es todo para mí, así para El solo soy yo todo. Amén.

#### MEDITACIÓN SEGUNDA

*Jesucristo en el Sacramento es nuestro Rey.*

Los reyes de la tierra se enriquecen con los tributos de sus vasallos; se defienden con su sangre; suelen engrandecerse con su humillación, y gobernarlos con rigor. Al contrario sucede con el reinado de Jesucristo en la Eucaristía:

1.º El Señor no se enriquece con nuestros dones, antes viene á enri-

quecer á sus pobres vasallos con lo que les trae.

2.º No nos pide nuestra sangre para su defensa, aunque, llegado el caso, debemos derramarla por su nombre, porque derramó la suya para defendernos con ella de todos nuestros enemigos.

3.º No se exalta rebajándonos, ni nos abate para engrandecerse; antes se humilla profundamente para ensalzarnos, y se anonada y como que muere bajo las especies, para engrandecernos y darnos vida.

4.º No fulmina leyes terribles ni injustos castigos; antes nos rige con suma benignidad y dulzura, ayudándonos á cumplir con su gracia, la ley divina.

*(Afectos de confianza, de agradecimiento, de respeto y amor.)*





## VISITA II

**Bendiciendo la benignidad de Jesucristo  
en el Sacramento.**

¡Oh Rey poderosísimo y amabilísimo, que en este adorable Sacramento tienes sentado tu trono, y que desde él te complaces en derramar tesoros de favores y de gracias sobre tus pobres criaturas, escuchando sus súplicas, remediando sus necesidades y colmando sus deseos! ¿Cómo hiciera yo, Dios y Señor mío, para ver extendido tu reino por toda la tierra, y santificado y adorado tu nombre, y agradecido y venerado tu Sacramento, y amado y fielmente servido tu real Corazón? ¡Ah, Jesús mío! Yo quisiera publicar por todas partes la ri-

queza de tus tesoros, la belleza de tus palacios, las maravillas de tu poder y la magnificencia de tu trono: yo desearía contarles á todos la afabilidad de tu trato, la suavidad de tu gobierno, la dulzura de tus leyes, y el amor inefable con que tratas á tus vasallos. ¡Oh y cuánta felicidad es el servirte, Rey mío y Dueño mío! El servir á la turba de las criaturas, el pertenecer al mundo ó entregarse á sus propias pasiones, es una triste esclavitud, y un miserable cautiverio; pero el servirte á ti, es reinar contigo; es ser verdaderamente libre, con la libertad de los hijos de Dios; es disfrutar de una paz que supera á todo sentido, y gozar de una dicha que á veces con su peso nos agobia. Reina, pues, Rey soberano, desde ese trono de misericordia y de amor, sobre todos los mortales; arrebatá hacia ti todos los corazones; alumbrá todas las inteligencias, y cautiva todas las almas. Por lo que á mí toca, yo no



quiero que este mundo vano y corrompido reine ya sobre mí; yo no quiero, como el pródigo en el colmo de su desgracia, servir á un amo tan cruel como el demonio; sólo suspiro por el reinado de mi Jesús en mi corazón, y no tengo otro Rey sino al Rey de los siglos, inmortal, aunque invisible bajo los velos de ese Misterio. A sólo El quiero que den honor mis potencias y mis sentidos; á sólo El quiero dar gloria con todos mis sentimientos y mis afectos, y cuando mi corazón exhale buenas y amorosas palabras, sólo á este Rey divino quiero dedicar y consagrar mis obras todas, haciendo cuanto emprenda por su amor y su servicio. Y ahora que tengo la dicha de estar en su presencia, salid, hijas de Jerusalén, potencias de mi alma y facultades de mi espíritu, salid y ved al Rey pacífico con la diadema de la Humanidad con que su Madre Virgen le ha coronado en el día de la Encarnación, en que

el Verbo celebró sus desposorios con la humana naturaleza; salid de vuestro sueño, y venid á verle con la blanca diadema de los accidentes con que el amor que me tenía le ha ceñido y coronado. ¡Oh diadema de amor y de abatimiento! ¡Oh Rey de misericordia y de amor! ¡Oh trono de benignidad y de gracia! Cautiva, Dios mío, mi corazón para que te pertenezca; tómalo para que te sirva; ilumínalo para que te encuentre, y enciéndelo para que solo á ti ame. Sé tú, tú sólo, el Rey que le gobierne, el Caudillo que lo dirija, el Amo que lo mande y el Doctor que lo instruya; por que toda mi dicha, todo mi consuelo es el ser de hoy en adelante perpetuo y fiel esclavo de tan benigno y poderoso Monarca; y ya que ahora me dispensas tan larga y bondadosa audiencia, escucha mis súplicas, mira propicio á la santa Iglesia, que es tu reino sobre la tierra, á fin de que, libre de las persecuciones de



sus enemigos, te sirva con segura libertad, y se incorpore un día felizmente con tu glorioso reino de los cielos. Amén.

### MEDITACIÓN TERCERA

*Jesucristo, en el Sacramento, es nuestro Amo.*

Los amos de la tierra dan á sus criados un salario mezquino; los sujetan á muchos y muy penosos servicios; les hacen soportar sus iras, sus enfados y su inconstancia; y, finalmente, los despiden muchas veces con dureza. Muy al contrario se porta nuestro Amo en el Sacramento con nosotros:

1.° Es un amo que nos da el céntuplo, es decir, ciento por uno de lo que dejamos por servirle en esta vida.

2.° Sus órdenes son justas y suaves; nos aligera la carga de sus mandamientos, y el yugo de sus consejos con la unción de su gracia.

3.° Nos trata con bondad suma; y aun cuando por nuestras desobediencias alguna vez se enoja, aun entonces se acuerda de sus misericordias.

4.° Él no nos despide ni abandona jamás, sino cuando nosotros le abandonamos. Y además del céntuplo en esta vida, remunera nuestros servicios con la eternidad de su gloria.

*(Afectos de consagración, sumisión, amor y obediencia.)*







### VISITA III

#### **Celebrando la obediencia de Jesucristo en su Sacramento.**

¡Oh Jesús, y amable Salvador mío, que no solamente eres Rey y Señor en nuestros altares, sino que también te llamas y eres en efecto Rey de todos los Reyes, y Señor de todos los Señores, mereciendo por eso que todos los hombres, grandes y pequeños, te llamemos nuestro Amo, cuando hablamos de ese soberano misterio! ¿Cuándo lograré empezar á servirte ¡oh Señor y Dueño mío! siquiera con aquel celo, con aquella fidelidad, con aquel cuidado y esmero con que acá los buenos criados obsequian y ministran á sus amos? ¿Cuándo merece-

ré la recompensa de aquel siervo bueno y fiel, que porque fué fiel en lo poco, le estableciste sobre lo mucho, haciéndole entrar para siempre en el gozo de su Señor? ¿Cuándo me dedicaré á imitar, como debo, los portentosos ejemplos de sumisión y de obediencia que continuamente estás dando en ese Sacramento de amor? Porque siendo tú Señor, dijiste que no habías venido á ser servido, sino á servir, y te humillaste obedeciendo á tu Padre hasta la muerte, y muerres eres un Dios obediente á la voz del hombre, que vas adonde te lleva, permaneces donde te deja, no sales sin su voluntad de tu cautividad voluntaria, ni rompes jamás las ataduras con que nuestro amor te tiene preso en los accidentes y en el fondo de los tabernáculos. ¡Bendita sea, Señor, tan portentosa obediencia! ¡Alabada sea por todos los hombres tan increíble sumisión! Yo quiero



¡oh Jesús y divino Amo mío! imitarte desde ahora con todo esmero; yo quiero obedecerte á ti, como tú me obedeces á mí, yendo á ti siempre que tú me llames, como tú vienes á mí, siempre que me presento á recibirte. Yo quiero también, y te prometo obedecer con prontitud y con alegría todos los mandatos de mis superiores, para honrar de ese modo tu misteriosa obediencia en la Eucaristía. Sí, Señor y Dueño mío: haz que tu voluntad, adorable y perfectísima, se haga acá en la tierra, con el gozo y presteza con que la cumplen los santos Angeles en el cielo; haz que observemos tus leyes, que respetemos tus mandatos, que obsequiemos gustosos todos tus deseos, y que permaneciendo en tu dichoso servicio toda nuestra vida, merezcamos el no ser arrojados, como el siervo malo, de tu presencia, despojados del talento abandonado, sino antes admitidos al eterno banquete, donde ya, no en enig-

ma ni por espejos, sino cara á cara, y como tú eres te veremos, te alabaremos y te gozaremos por todos los siglos. Amén.

#### MEDITACIÓN CUARTA

*Jesucristo, en el Sacramento, es nuestro Pastor.*

Cuatro son los oficios del buen pastor: proporcionar á sus ovejas buenos pastos; apartarlas de los daños; buscar y conducir al aprisco á las que se extravían, y defenderlas del lobo que las acometa. Así Jesucristo en este Sacramento:

- 1.º Nos apacienta con su propio cuerpo y sangre.
- 2.º Nos busca cuando erramos y nos trae amorosamente sobre sus hombros, como se ve en la parábola de la oveja perdida.
- 3.º Nos defiende del demonio con



el báculo de su cruz y el poder de su pasión, depositado en la Eucaristía, y además:

4.º Lo que no hace ningún otro pastor, da cada día la vida de sus ovejas, inmolándose místicamente en el altar.

*(Afectos de gratitud, de amor y de admiración).*



#### VISITA IV

##### **Enalzando la misericordia de Jesucristo en el Sacramento.**

¡Oh Jesús mío, que dijiste de ti mismo: «Yo soy el buen Pastor, y conozco á mis ovejas, y las mías me conocen á mí:» que con tanta caridad y misericordia haces con nosotros los oficios de pastor en este Sacramento, siendo, por una maravilla asombrosa, al mismo tiempo el pasto que nos alimenta y el pastor que nos lo suministra, la víctima que se inmola y el sacerdote que la sacrifica, el convidador y huésped que nos invita y el convite que nos presenta; el que nos ofrece las aguas vivas de la gracia, y la fuente de ellas, patente



á toda la Iglesia: gracias te doy, de lo más íntimo de mi alma, porque siendo tú el que me apacientas, nada me falta; pues no contento con haberme hecho gustar las aguas corroborantes del Bautismo y con colocarme en los pastos saludables y abundantes de la Iglesia; no satisfecho con convertir á mi alma y dirigirla por los senderos de la justicia, unas veces sustentándola con el cayado de tu protección, y otras amenazándole con la vara de tu justicia, quisiste, para colmo de tus favores, poner en mi presencia una mesa para mí deliciosa, pero terrible contra todos los enemigos que me persiguen y atribulan, por la fortaleza y el valor que nos comunica, pues salimos de ella respirando fuego, como leones, hechos sumamente temibles al demonio. ¡Oh divino Pastor, y cuán apetecible es este pasto que aquí nos preparas! ¡Oh y cuán excelente es el cáliz embriagador que aquí nos sirves! Es cierto

que te costó nada menos que la vida dejarnos esta prenda de los cielos, pues que el cuerpo que aquí se nos da es el mismo que fué entregado y despedazado por nosotros, y la divina sangre que se nos ofrece es aquella que por todos los hombres fué dolorosamente derramada por la remisión de los pecados; pero tu gran misericordia no retrocedió ante la muerte, y te hizo dar la vida por tus ovejas, para mostrar al mundo que eres el único Pastor verdadero, y que este admirable Sacramento es en donde descansas y apacientas en el mediodía de tu amor y de tu celo, y que aquí es adonde deben venir á buscarte las almas que no quieren andar errantes y perdidas tras de falsos y mentirosos pastores. Aquí viene, pues, esta oveja extraviada; búscame, Señor, y recógeme, y sana las heridas que he recibido entre las espinas de mis culpas, y ahuyenta lejos de mí al lobo infernal que me persigue;



y méteme en el pequeñito recinto de tus escogidos, y apaciéntame todos los días, con ese pasto celestial que deleita á los ángeles en el cielo. Y el pan nuestro de cada día, dánosle hoy, Pastor amorosísimo, y desciende ahora de ese trono de misericordia y de gracia, y ven á confortar á mi alma anhelante. ¡Oh pan divino, yo te deseo! ¡Oh, bocado delicioso, yo te apetezco ardientemente! ¡Oh carne inmaculada, yo estoy hambriento de ti! Yo te amo, Jesús mío: yo te recibo en espíritu; ven y únete conmigo para siempre.

#### MEDITACIÓN QUINTA

*Jesucristo es nuestro Mediador en ese misterio.*

Un mediador ha menester cuatro condiciones: que sea acepto al ofendido; que pueda representar al ofen-

sor; que oiga los ruegos de éste, y que sepa conducirlos y presentarlos para arreglar la paz y concierto que se desea.

Jesucristo las cumple admirablemente en el Sacramento.

1.º Es aceptísimo al ofendido, pues de él dijo: «éste es mi Hijo muy amado, en el que yo me he complacido.»

2.º Representa admirablemente al hombre miserable, pues se hizo hijo del hombre, y es nuestro padre, nuestro hermano, nuestro esposo y nuestro amigo.

3.º Escucha aquí constantemente nuestras peticiones, recibe nuestras súplicas, oye nuestras disculpas, y examina nuestra causa.

4.º Ora al Eterno Padre por nosotros, aplaca sus iras, detiene sus castigos, y nos atrae mil favores y consuelos.

*(Afectos de súplica, de contrición, de amor y de confianza.)*